

Parece que los sentidos sedientos deben recoger apresuradamente sensaciones que amontonan sin orden ni concierto, para que después la mente disponga de ellas.

Mis labios repetían instintivamente la salutación del arcángel: ¡Oh, la llena de gracia! ¡Oh, la bendita entre las mujeres! ¡Oh, la madre de Dios, ruega por los pobres que te llamamos madre! Entonces la oración puramente vocal tiene toda la intensidad de la mental; mi sola presencia allí era una plegaria; pero yo pensaba poco ó nada; era solo ojos y oídos; miraba la imagen y oía la tempestad.

Por eso cuando, calmada la lluvia, me retiré de la gruta, el deseo de volver á ella se despertó imperioso. Allí había algo que me esperaba, y que yo no había visto.

Y volví en cuanto pasó la tormenta al comenzar la noche.

Como si la lluvia hubiese lavado el fanal en cuyo seno palpitan, las estrellas brillaban radiosas en su cielo obscuro como espigas de cristal iluminado; miraban fijamente hacia abajo, é invitaban á mirar hacia arriba, hacia la infinita transparencia negra.

La gruta cantaba: sentimos los cantos al acercarnos á ella, y vimos resplandor de luces.

Mucha gente, con cirios apagados en las manos, se dirigía hacia allí apresurada. La aldeana fran-

cesa, con su cofia blanca y limpia plegada alrededor de la cara, corría mirando hacia la gruta, como si quisiera llegar á ella más pronto, enviando su mirada adelantada: niños y niñas de las manos de sus padres; labradores con sus ropas de fiesta.

Cuando llegamos á la explanada que está frente á la reja de la gruta, el espectáculo me conmovió de veras.

Tres ó cuatro mil personas estaban arrodilladas allí con cirios encendidos en las manos. Era la peregrinación de Montaubán, que había llegado en el tren de la tarde, y ya había corrido á los pies de la Virgen, y cantaba.

Cantaba el *Magnificat*, el canto indescifrable de la esclava del Señor, á la que llaman dichosa todas las generaciones; la acción de gracias más espléndida y memorable que han escuchado los siglos.

Magnificat anima mea Dominum, cantaba un grupo; y el pueblo, hombres, mujeres, niños, tres ó cuatro mil voces, contestaba con un estribillo en francés.

Me acerqué á oír.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, cantaba con solemnidad el coro, *ecce enim beatam me dicent omnes generationes*; y entonces oí claramente la contestación del pueblo:

*¡Vierge, notre espérance!
Etends sur nous ton bras.
¡Sauve, sauve la France,
Ne l'abandonne pas!*

Oh, Virgen, oh esperanza nuestra. Extiende sobre nosotros tu brazo. Salva la Francia; sálvala! ¡No la abandones!

Yo miré á la Virgen al través de una lágrima que me saltó á los ojos. Estaba inmóvil en su gruta: seguía mirando al cielo. La lumbre de los cirios que el pueblo tenía encendidos á sus piés la iluminaba de una manera extraña: la luz resbalaba de abajo arriba por los pliegues de su ropaje blanco, tocaba las aristas de sus manos juntas sobre el pecho, é iluminaba la garganta, la parte inferior de la cabeza inclinada hacia atrás. Los ojos, la frente, quedaban casi hundidos en la sombra del profundo agujero de la gruta, en el misterio, en lo hondo, adonde no podía penetrar la luz de los cirios.

Y el rosal, el rosal de primer término con sus ocho ó diez pequeñas rosas blancas, allí, junto al pecho de la Virgen, como si fuera un sér vivo, se movía, nadaba en la luz; era un intermediario; no parecía movido por el viento, sino sostenido en el aire y balanceado por el aliento de aquel pueblo arrodillado que repetía, entre los versículos del *Magnificat*, el unisono clamor por la patria: ¡Oh, Virgen! ¡Oh, esperanza! ¡Salva la Francia! ¡Sálvala!

Una conmoción profunda me dominaba; corría el escalofrío por todo el vello de mi piel. La primera plegaria de aquel pueblo era, por su patria: después pensará en sus enfermos; mañana los llevará á la fuente milagrosa.

Yo recorría la multitud; me arrodillaba al lado de los unos y unía un rato mi oración á la suya; me levantaba para colocarme al lado de los otros; me alejaba para situarme á orillas del río que rodaba allá abajo en la sombra, y ver desde allí el conjunto, la mancha aquélla de luz de cirio al través de cuyos gases iluminados todo temblaba, como si se mirara al través de una agua cristalina, pues la atmósfera, purificada por la pasada tempestad, estaba diáfana.

Me aproximé de nuevo al grupo. Un joven y vigoroso aldeano canta con voz estentórea; *Vierge notre espérance!* Mas allá es un grupo de niñas el que dice; *Sauve la France!* con voz débil que parece de cristal. Y allá, de pié sobre un banco, siguiendo con curioso asombro el desarrollo del cuadro, los miembros de una familia inglesa hablan entre sí indicándose los detalles que van observando.

Todos los cirios estaban ya encendidos, en las manos de la muchedumbre. Unos cucuruchos de papel blanco protegían del viento, á guisa de fanales, las luces que, filtradas en ellos, arrojaban un resplandor de un amarillo pálido sobre las caras de los que los sostenían.

Comenzó una procesión que, partiendo de la gruta, circundaba el cerro por la orilla del Gave, y terminaba en la gran explanada circular que, rodeada por dos grandes arcadas que sostienen la

rambla que da acceso á la basilica superior, se extiende al frente de la iglesia del Rosario situada al nivel del suelo y debajo de aquélla.

Desde lo alto de la rambla, miraba yo el desfile de aquellas miriadas de luces de abajo que parecían el reflejo sobre agua negra de las estrellas de arriba. Las caras, iluminada cada una de ellas por la luz del cirio al través del fanal de papel blanco, parecían transparentes.

Todos cantaban : á mis piés, allá lejos, en la plaza adonde habían llegado los primeros peregrinos, en la gruta de donde aún no habían salido los últimos; en todos partes se repetían dos solas palabras : ¡ *Ave Maria!* ; *Ave Maria!*

Ese nombre eternamente nuevo ; que nadie ha definido ; que es en si mismo luz y melodía, amor y esperanza y gloria, andaba allí entre aquellas sombras, entre aquellos puntos de luz ; flotaba en el aire, se cruzaba, iba y venía, subía y bajaba, alzaba aquí el vuelo mientras allá se extinguía como si se posara á lo lejos.

Los largos regueros de lucecillas, como caravanas de luciérnagas, se iban paulatinamente agrupando en la gran plaza circular : eran pequeños arroyos de luz, que, por fin, formaron en la explanada á donde se iban derramando un lago luminoso, en cuya superficie se veían millares de caras iluminadas por la luz filtrada en los fanales de papel.

El vapor de aquel lago de almas y de luz, se exhalaba en un solo clamor que entonces se alzaba

unisono y espléndido : ¡ *Ave Maria!* ; *Ave Maria!*

Imaginate ese cuadro que yo apenas te esbozo en esta ligera mancha de color. No puedo describirtelo, apesar de que, al recordarlo, lo veo como si se abriera en mi memoria la puerta de un templo iluminado. Temo que ni siquiera consigo sugerirtelo.

Y sin embargo, aún tengo que esforzarme por trazarte el otro cuadro : el de la mañana y día siguientes, el cuadro humano, el de las piscinas, el del dolor y la firme esperanza en lo sobrenatural.

Desde la madrugada, las tres iglesias, la del Rosario, que está al nivel del suelo, la basilica superior, y la cripta, que es también una hermosa iglesia, han estado llenas de gente ; todos han recibido el pan eucarístico. Yo con ellos, por supuesto.

Ahora estamos todos en la gruta, y frente á las fuentes y las piscinas.

Sentado yo en el largo banco de piedra que se apoya en la balaustrada que corre á lo largo del rio, frente al cerro de Massabielle, veo el conjunto del cuadro. El espacio que media entre el rio y la roca no excede de cincuenta metros.

Frente á mí, en una gran plancha de mármol empotrada en la roca de la gruta se lee en letras de oro :

Fechas de las diez y ocho apariciones

y

Palabras de la Santísima Virgen

El año de gracia 1858.

En el hueco de la roca en que se ve su estatua

La Santísima Virgen apareció

á Bernardita Soubirous

Diez y ocho veces:

El 11 y el 14 de Febrero;

Desde el 18 de Febrero hasta el 4 de Marzo

Todos los días excepto dos;

El 25 de Marzo; el 7 de Abril; el 16 de Julio.

El 18 de Febrero, la Santísima Virgen

dijo á la niña:

*¿Quiéres hacerme el favor de venir aquí
durante quince días?*

*No te prometo hacerte dichosa en este mundo
si en el otro.*

Deseo que venga gente.

Durante la quincena la Virgen la dijo:

« Ruega por los pecadores, besa la tierra

Por los pecadores.

¡ Penitencia! ¡ Penitencia! ¡ Penitencia!

*Ve á decir á los sacerdotes que hagan construir
una capilla*

Quiero que se venga á ella en procesión.

Ve á beber á la fuente y á lavarte en ella.

Come de esa hierba que hay ahí.

El 25 de Marzo la Virgen dijo:

« Soy la Inmaculada Concepción. »

A mi derecha, en el extremo, está la gruta; en las enredaderas que cubren la parte alta de la roca cantan los pájaros. En seguida están los quince ó veinte surtidores de agua de la fuente que brotó un día en el fondo de aquella bajo la mano de la aldeana que obedecía las órdenes del ser invisible cuya existencia reverberaba en la cara extática de la niña. Por fin, más allá, á la izquierda, se ven los tres arcos ojivales, pequeños pórticos ó cancelos de tres departamentos en que están las piscinas ó baños, á los que también es llevada por tubos el agua de la misteriosa fuente. En esas piscinas de agua helada se sumergen los enfermos, los moribundos; humedecen sus ojos sin luz los ciegos; bañan las madres á sus hijos exánimes; hunden sus miembros rígidos los paralíticos.

Todo el pueblo canta con los brazos abiertos en cruz.

¡ Oh Virgen, Virgen, curad nuestros enfermos!

Y los enfermos van llegando. Se detienen primeramente en la gruta, miran á la Virgen larga y hondamente. . . rezan y pasan: van ó son llevados á las piscinas.

¡ Qué procesión desfilaba frente á mi!

Algunos carritos cubiertos con sus medias capotas de hule, y tirados por los hijos, ó los padres, ó los hermanos del hijo, ó la hija, ó la madre que va adentro, pasan lentamente. Miro al interior de un carro: una mujer pálida y extenuada reza con los

brazos en cruz y los ojos hacia el cielo; no mira á nadie; espera firmemente.

— Tu fé te ha salvado, dijo un día el que vino á salvar.

Mira aquel contraste: esa madre lleva de la mano á su niño, sano, rubio, sonriente: á su lado va esa otra con el suyo extenuado, pálido, con los ojitos todo niñas, hundidos en las órbitas moradas, y la cabecita lacia, caída sobre el hombro de la madre, que va llorosa á dar agua al niño, agua de vida, agua de la fuente. « Dejad también que los niños se acerquen á mí. »

Una anciana muy enferma va apoyada en el brazo de otra viejecita sana. También ella va á la piscina ¿por qué no?

Quiere prolongar un poco más la vida, la vida que ella quiere mucho, precisamente porque es su vieja amiga. ¿Por qué se ha de morir tan pronto, si allí está la Virgen con su rosario en el brazo, y su cinta azul en la cintura, y los ojos hacia el cielo? Anda, pobre anciana, anda; la Virgen te da vida, mucha vida.

Ahi van los ciegos: parece, al verlos con las cabezas altas y los ojos fijos, que miran atónitos lo que pasa á lo lejos, sin preocuparse de lo que sucede á su lado. Es que los pobres miran hacia adentro, porque su mirada hacia afuera tropieza en la dura obscuridad y retrocede.

Varios enfermos, no se cuáles, han entrado á las

piscinas. A las puertas de estas, están de pie los miembros de su familia, madres, hijos, hermanos, con los brazos abiertos y dando frente al pueblo que, detenido por una cuerda que va de un árbol á otro, y también con los brazos en cruz y esperando el hecho sobrenatural, une su oración y sus cánticos á los de los que directamente esperan á la puerta. Un sacerdote los preside rezando el rosario y entonando de vez en cuando un cántico que, repetido por aquella multitud que abre los brazos, y por los que están en las puertas esperando, con el pensamiento en lo que está pasando tras ellos, en la piscina, toma el carácter de un clamor solemne y premioso, un grito lanzado á los oídos de Dios cuya misericordia está allí cerca, muy cerca, pues allí ha dado vista á los ciegos, vida á los moribundos.

Allí el clamor de piedad se ha transformado mil veces en una exclamación de acción de gracias al verse salir de la piscina por sus pies al tísico ó al paralítico que habia entrado en brazos, al verse salir dando gritos, con su niño sano en las manos, á la madre que lo habia llevado moribundo. . . .

Tú no necesitas que se te demuestre la existencia y el poder de lo sobrenatural.

¿Es necesario acaso demostrar que Dios sabe y puede más que el hombre?

Es cierto, por otra parte, que si necesitaras pruebas, estas serian inútiles por sí solas; la soberbia puede más que la razón en el hombre caído. ¡Y qué ridícula es la soberbia en nosotros! La fé, para

el alma, es como el aire para los pulmones : nos es necesario algun esfuerzo de nuestra parte para inspirarlo; pero ¿qué es ese esfuerzo comparado con la fuerza que hace el aire mismo para penetrar en nuestros pulmones y encenderlos de vida?

Es necesario, sin embargo, abrir siquiera los labios para darle entrada.

La razón humana es el pequeño movimiento de inspiración; la fe es el espíritu de Dios que, como el oxígeno del aire en nuestra circulación, penetra en nuestra alma en torrentes de luz y vida, nos trae mensajes misteriosos, evidencias que se abren como flores que revientan al sol, claridades australes que surgen del horizonte.

No hay proporción posible entre la fe y el esfuerzo por creer puramente humano.

Si quieres saber porqué se cree, comienza por creer, y lo verás.

Si no tienes fe, pídesela á la Verdad y la obtendrás; pero no pretendas crear tú misma la Verdad en tu alma como un efecto de las operaciones de tu mente.

Dios es la Verdad, y no puede ser un efecto, porque es la causa de las causas.

Pedir la fe á Dios, á la Verdad increada; pedirla con humildad y confianza y sin descanso, es el concurso que el hombre puede aportar al acto de creer. Pretender tener la fe, es decir, pretender tener á Dios en el alma, por el simple raciocinio, sería suponer que Dios es una creación del hombre.

Y dice el libro sagrado : « Tu niegas al orgullo

del sabio lo que revelas á la humildad de los pequeños. »

Seamos pequeños; hagámonos superiores á la razón.

« Cierra los ojos para ver más lejos. »

Yo, frente á las piscinas de Lourdes, miraba á los peregrinos de afuera y á los de las puertas, que á su vez se miraban los unos á los otros cantando, como si se infundieran mutuamente con la voz la esperanza; y cuando ellos se arrodillaban, me arrodillaba con ellos.

¿Quién no se arrodilla?

Pero también cantan allá en el otro extremo del cuadro, frente á la gruta.

Voy hacia allá; me abro camino hasta cerca de la verja y me arrodillo entre la multitud. Rezan el rosario, y me uno á él con verdadero fervor, mirando la imagen de la gruta, estática, dulce, ascendente. Estoy abstraído.

Me tocan el hombro y me suplican que abra paso : *s'il vous plait*.

Es un carrito, arrastrado por dos jóvenes elegantemente vestidos, que quiere acercarse todo lo posible á la Virgen : queda colocado precisamente al lado mio entre la multitud.

Miro al interior de él, y veo allí, á mi lado, una joven de diez y ocho á veinte años, con las dos piernas vendadas y colocadas sobre un almohadón, paralítica. La demacración del dolor no ha domi-

nado en ella la juventud : es evidentemente hermosa ; no está abatida ; es dueña absoluta de sí misma. Abre los brazos con pasmosa naturalidad bajo la capota de su carrito, como si estuviera á solás con la imagen que está en la gruta, en la que posa su mirada ingenua y casi sonriente : reza. ¡Ahora canta con el pueblo! ¡Canta con voz clara, serena, como si estuviera sola y fuera feliz!

¿Y acaso no lo es, puesto que cree y espera?

Los carritos, los enfermos apoyados en los brazos de sus compañeros, andan entre la multitud por todas partes; por todas partes se mueve aquel pueblo; canta, reza, bebe agua de la fuente ó la recoge en cubos de latón, en botellas.

Y hoy se efectúa la peregrinación de Montaubán ; para mañana está anunciada la de Marsella, que será de diez á quince mil personas : las hay de cincuenta mil, todos los días : francesas, alemanas, españolas.

Durante la gran Peregrinación Nacional anual, mil ó mil quinientos enfermos se hallan reunidos al rededor de la gruta ; es un número superior al de los pacientes que encierra el Hotel-Dieu de Paris.

Las iglesias de Lourdes están tapizadas de sus recuerdos : no solo de estandartes y banderas y atributos colectivos, sino de recuerdos personales : espadas de soldados, cordones, condecoraciones, penachos, cruces, chareterras.

Todos esos han creído : todos han amado algo evidentemente digno de amor ; lo ideal, lo alto, la esperanza.

¿Cómo puede existir un hombre iluminado por el sol, que consagre su vida á arrancar á los que la poseen la esperanza? ¿De quién puede haber recibido esa triste misión? ¿Es del cielo ó del infierno?

¿Qué daño puede hacer á ese hombre la fé de los demás?

Es esa una pregunta que me he hecho muchas veces.

Hoy, al hacérmela una vez más junto á la gruta de Lourdes, miraba yo á la Virgen extática é inmóvil, que, junto á su rosal silvestre, difundía en su torno la fé que hace milagros. Las miradas de los desgraciados la envolvían como en una red de hebras de luz, y el aire que la circundaba parecía santo, porque estaba lleno de dolor resignado.

En Lourdes, al lado de la Virgen, *el dolor es feliz.*

Yo no presencié otro milagro ; no los necesito tampoco, gracias á Dios ; pero, ese solo me basta para poder afirmar que anda algo de divino en torno de la grutta de Massabielle.